

El "affaire Chaplín" mirado desde Europa

Para comenzar.

No hay un ser en el universo más conocido que Chaplín. Cada uno de sus actos interesa a toda la fauna humana. Sus gestos (que son pocos) se comentan y sus palabras (que son menos) se reproducen en todas las lenguas del globo...

Sus divorcios, el último sobre todo, constituyen un pretexto para que media humanidad insulte a la otra media, o, a lo menos, polemice con ella.

El mundo se divide en dos bandos: por o contra Chaplín.

Contra Chaplín.

Los «contra Chaplín» son casi exclusivamente norteamericanos, pueblo de sensacionalismo, de trusts, de rascacielos y de millonarios. Yankilandia no puede acordar su espíritu con el espíritu aéreo de Chaplín.

Como todos los verdaderos artistas que florecieron en el país del utilitarismo standardizado, Chaplín es en Estados Unidos una suerte de fenómeno, algo así como un cisne nacido entre una nidada de patos.

Si su talento no fuese tan formidable y si las creaciones de su talento no contribuyesen a hacer la fortuna de miles y miles de comerciantes, Charlot habría sido ahogado ya por la marea del odio de los magnates de la prensa y de la industria cinematográfica norteamericana.

Dicho odio—que el interés mantenía oculto—ha hecho crisis con ocasión de las gestiones de divorcio iniciadas por la última

esposa del artista. Esta vez nada se ha disimulado. El estallido ha lanzado todas las bajezas al aire crudo del medio día.

Para nosotros, que miramos desde el límite opuesto del Atlántico, con la limpidez y el equilibrio que otorga la lejanía, todo esto nos aparece tan pequeño, tan mezquino, tan ridículo, que si no nos diese rabia podría hacernos reventar de risa.

Lo que extraña es la unanimidad de la condenación. Nadie parece recordar los actos de la mujer de Chaplín. Nadie quiere darse cuenta de que fueron ellos quienes determinaron la actitud del artista. Se ve neto que hay una conspiración. Todo el poder de los gigantes del materialismo ha sido lanzado contra la cristalina fragilidad del hombre con alas y con facultad de milagro.

No sin razón un periódico parisiense ha podido imprimir las siguientes palabras condenatorias: «Que Chaplín haya sido calumniado públicamente nada tiene de extraño. Pero que los setenta y cinco millones de americanos que van, cada semana, al cinema; que la prensa americana no haya hecho oír un enorme clamor de protesta, es algo que basta para juzgar, no a Chaplín, sino a los Estados Unidos».

Por Chaplín.

Pero existe el reverso. Aparte los millones de seres que, bajo todas las constelaciones, aplauden el genio, siempre nuevo, de Chaplín, hay los *apasionados*, los que se duelen de sus renovados infortunios y se indignan de las intrigas urdidas contra él.

Estos apasionados respiran en las más opuestas latitudes. Los hay en Santiago de Chile lo mismo que en la soviética Moscú. Seguramente el cable ha transmitido el enternecedor ofrecimiento de un grupo ruso: «Una casa confortable y la suma de dólares necesaria para que pueda trabajar y producir sin que su genio esté amarrado a preocupaciones pecuniarias»...

Pero donde los entusiastas de Chaplín son más numerosos, y más decididos y más agresivos, es en París. Y—cosa estúpida y matemáticamente anti-yanki—sus más violentos y definidos defensores son los cinematografistas.

Entre ellos, tal vez el de mayor valor y el que más alto y claro ha hecho sentir su voz, es René Clair.

En un artículo publicado en *L'Art Vivant*, el metteur en scene de «París qui dort» hace la apología razonada de Chaplín, analiza los orígenes de la fobia americana contra él y lanza su condenación—feroz y lúcida—contra la industrialización del arte cinematográfico.

«Entre todas las causas—problemáticas o posibles del affaire Chaplín—escribe Clair—hay una que nadie ha expuesto aún y que, sin embargo, es esencial. En medio de la industria cinematográfica americana, acaparada por algunos banqueros, peleteros y fabricantes de gorras polacas, llegados hace veinticinco años a New York, Chaplín ha permanecido el único gran independiente de la pantalla.

Ninguna de las tres o cuatro firmas que quieren acaparar y repartirse el mundo de las imágenes ha logrado hacerlo entrar en sus combinaciones.

Su ejemplo es simbólico. Los dirigentes del cine quieren fabricar films como si se tratara de conservas y dar al público un alimento preparado según fórmulas en que el arte no tiene razón de ser, pero que convienen grandemente a las rutinas de sus industrias.

El ejemplo de Chaplín destruye las teorías de esos jefes de explotaciones imbéciles. Este autor que no produce de una manera mecánica, que se renueva sin cesar, que hace venir hasta él las muchedumbres en lugar de halagar sus inclinaciones; este buscador que ha encontrado un estilo único y que, sin embargo, se entrega aún a peligrosas experiencias; este productor de films para quien el espíritu de una obra cuenta más que su éxito material; este artista, en una palabra, es peligroso para la paz de los fabricantes.

.....

Chaplín no es norteamericano. Chaplín no ha sido hecho para Norte América. Por lo demás—sea cual sea su raza—la libertad de su genio y su durable juventud detonan en medio del pueblo máquina de U. S. A.»

Podría seguir traduciendo. El artículo es magnífico por su energía, por su claridad, por el amor del arte volcado en él. Leyéndolo pensaba que todo cuanto los admiradores de Chaplín han sentido mil veces y no han podido decir, estaba expuesto ahí por un hombre con todos los títulos y todos los derechos. Y he experimentado la satisfacción de una venganza realizada...

✓ FERNANDO GARCIA ORDINI.